

OLIVER
NOCTURNE



LA FOTOGRAFÍA DEL VAMPIRO
KEVIN EMERSON

Traducción de María Sánchez Salvador

Título original: *Oliver Nocturne: The Vampire's Photograph*
Primera edición

© Kevin Emerson, 2008

Ilustración de portada: © Michael Frost y Tim Hall

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-513-4 Depósito Legal: B-35968-2009

Impreso por Liberdúplex S. L. U.
(Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 11

Para A. E., C. M. y H. M. A., mis primeros lectores...

Índice

Prólogo	9
1. La intrusa del espejo	13
2. Desayuno con mentiras	27
3. Una sorpresa en la escuela	39
4. Una oportunidad desperdiciada.....	53
5. La fotografía	71
6. Ahora... y entonces	83
7. El doctor y la luz de la luna	95
8. En el Subterráneo	113
9. Desolada Désirée	131
10. Abismo	139
11. Una imagen revelada	153
12. El archivo secreto	165
13. Ensayo general.....	179
14. La Puerta y la estaca	195
15. Noche Eterna	205



Prólogo

En el centro de todo, había una Puerta.

La Puerta nunca había sido abierta. Se había construido y luego se había cerrado. Algunos decían que el ruido que hizo al cerrarse fue el comienzo del universo. Nadie sabía qué había al otro lado. Ni tampoco qué pasaría si la Puerta se abriese. Ni siquiera nadie sabía con certeza lo que hacía la Puerta, aunque todos coincidían en que era muy importante, tal vez lo más importante del universo. Sin embargo, el porqué de su importancia era un tema de debate tan antiguo como la propia Puerta.

La mayoría creía que la Puerta no estaba hecha para ser abierta; que mantenerla cerrada era lo que daba sentido a todo. Creían que abrirla causaría el fin del universo, trastornaría todos los mundos y los haría colisionar unos con otros. Quienes creían esto solían ser los mismos que consideraban el universo aceptable tal y como era. Y lo tenían fácil: como la Puerta parecía estar cerrada para siempre, eran pocos los que se preocupaban.

Pero otros se preguntaban: ¿por qué construir una puerta? ¿Por qué no, simplemente, un muro? ¿No se suponía que una puerta debía abrirse? Así, creían que abrir la Puerta era lo que daba sentido a todo; que si se abría, el universo comenzaría de verdad por fin y todos los injustos sufrimientos se acabarían. Quienes creían esto solían ser los mismos que sufrían, ya fuese a causa de líderes implacables, de sociedades retrógradas o del destino.

Sin embargo, habían estado muy ocupados. Habían intentado abrir la Puerta muchas veces y habían fracasado, pero llevar a cabo lo que parecía imposible requería una buena cantidad de aprendizaje, perseverancia y precaución. Así que estudiaban los signos y los oráculos, y esperaban.

Hasta que por fin llegaba el momento de intentarlo de nuevo.

Por primera vez en un período de tiempo más largo de lo que nadie podía calcular con exactitud, alguien se aproximó a la Puerta. Avanzó por el único camino que existía. El primer sonido que se produjo cuando alcanzó la Puerta fue el de ruedas de madera pisando trozos de cristales volcánicos. Las ruedas se detuvieron. Una diligencia negra había llegado. De ella descendió un hombre alto ataviado con un impecable traje de raya diplomática. Llevaba una pajarita y un sombrero de fieltro de ala curva, y tenía el aspecto de quien acaba de salir de una respetable institución bancaria. Sus ojos, viejos y marchitos, estaban rodeados sin embargo por el rostro de un hombre joven con unos rasgos tan impecables y limpios como su sombrero y su traje. Desde luego, no presentaba el aspecto deteriorado que cabría

esperar después del largo viaje hasta Nexia, el planeta centro del universo, donde estaba la Puerta.

El caballero inspeccionó su asombroso color bronce, cuyo intenso brillo contrastaba con el telón de fondo, de un negro puro y tenuemente iluminado por las estrellas. En Nexia no había atmósfera, así que las densas concentraciones de galaxias, novas y planetas centelleaban en la oscuridad como adornos de cristal y casi parecían estar al alcance de la mano. Anillos de polvo y erupciones solares formaban arcos allá arriba; agujeros de gusano se perdían en la negrura formando espirales.

El caballero se asomó a ambos lados de la Puerta. Un ondulado terreno de color rojo intenso se extendía hasta el horizonte. Columnas de mármol y chapiteles de jade y amatista sobresalían de la rojiza roca, como si la tierra se hubiese congelado en mitad de un movimiento. Una civilización había habitado antes allí, en una época que nadie podía recordar. Algunos creían que había sido esa civilización la que había creado la Puerta para después marcharse a través de ella. Algunos incluso denominaban a aquella gente «los arquitectos». Quienes trataban de abrir la Puerta también querían formular a los arquitectos unas cuantas preguntas, a poder ser apuntándolos con algún instrumento mortífero.

El caballero se volvió hacia los dos caballos zombis que habían conducido su coche hasta allí y les dio una palmada que los hizo salir corriendo. Los observó mientras se alejaban, con la diligencia traqueteando tras ellos, hasta que no hubo más que silencio. Entonces se volvió y se dirigió hacia la Puerta. Se detuvo justo sobre su brillante aura e hizo una gran reverencia, quitándose el sombrero con respeto.

Pasaron treinta años.

Entonces la Puerta habló en la mente del caballero: *¿Por qué habéis venido?*

El caballero sonrió. *Quiero abrirte*, pensó.

¿Y quién sois vos?, preguntó la Puerta.

Soy Illisius, respondió él.

Ya veo, dijo la Puerta.

Illisius dejó su maletín en el suelo y se sentó en la carretera con las piernas cruzadas.

Transcurrieron otros veinte años.

Eres paciente, para ser un demonio, observó la Puerta.

Espero a alguien, dijo Illisius. Entonces retiró su manga impecablemente planchada y consultó su reloj de plata. Siete esferas giraban a diferentes velocidades. *Llegará enseguida*.

Ah, sí, respondió la Puerta. *El joven vampiro*.

Illisius asintió.

De nuevo se produjo el silencio. En lo alto, un agujero de gusano extrajo los detritos de uno de los anillos de Nexia, los lanzó contra un planeta y lo envió lejos. Luego se produjo un estallido, mientras un mundo se partía en dos.

Illisius aguardaba a la sombra de la Puerta de Nexia.



La intrusa del espejo

Oliver Nocturne tenía problemas para dormir, razón por la que oyó a la intrusa por primera vez. Había permanecido despierto como de costumbre, una mañana de noviembre, dando vueltas y revolviéndose, cuando una tabla del suelo habría crujido en el piso de arriba. La idea de ir a investigar se presentaba mucho más interesante que la de quedarse en la cama con los pensamientos que lo asaltaban. Ahora era diciembre y la intrusa regresaba por tercera vez. De momento, Oliver era el único miembro de su familia que lo sabía.

Oliver había tenido problemas para dormir hasta donde le alcanzaba la memoria. La cosa empeoraba especialmente en torno a su cumpleaños y a la Navidad. Faltaba muy poco para ambas fechas, pero este año estaba siendo peor que nunca. Se pasaba el día perfectamente despierto y se levantaba exhausto cada noche. A Oliver le inquietaba especialmente un pensamiento en particular: *hay algo en mí que no encaja*. El problema era que Oliver no sabía qué era ese «algo». Tan solo

sabía que no congeniaba del todo con quienes lo rodeaban, ni en casa ni en la escuela. Oliver mantenía este sentimiento en secreto, fundamentalmente porque se sentía avergonzado. Se suponía que los vampiros no tenían ese tipo de problemas. Y si su hermano mayor, Tormento, llegaba a averiguar algo, bueno, entonces el suplicio sería interminable.

Lo que Oliver sí sabía acerca de su problema era que parecía tener que ver con su futuro. Tenía trece años humanos, lo que significaba que no le quedaba mucho para recibir a su demonio. Pero eso les ocurría a todos los vampiros jóvenes, y la mayor parte de los niños ansiaban crecer. Los niños de la escuela hablaban sobre ello como si fuese lo más fantástico del mundo. ¿Qué clase de vampiro no querría tener su propio demonio? ¿Poder hacer las cosas que hacían los vampiros adultos, como poseer animales y salir de caza los viernes? Así que tenía que haber algo más acerca del futuro que lo mantenía despierto día tras día. A veces casi llegaba a sentir que sabía de qué se trataba... pero nunca conseguía dilucidarlo con exactitud. Perseguía sus pensamientos sin cesar, uno tras otro, siempre con la sensación de que alguna verdad quedaba fuera de su alcance.

Sin embargo, esta mañana su espantoso insomnio había traído consigo algo interesante: la intrusa había vuelto. Oliver podía oír las pisadas resonando en el piso de arriba. Se deslizó con sigilo fuera de su ataúd hasta el suelo de piedra. El silencio reinaba en la cripta subterránea, únicamente iluminada por un tenue resplandor carmesí. Los padres de Oliver, Polemonia y Sebastian, dormían juntos en un amplio ataúd situado al lado del suyo. El ataúd de Tormento estaba

junto a la pared contraria, bien cerrado. Oliver había oído acostarse a sus padres unas horas antes y después oyó a Tormento entrando a hurtadillas.

Atravesó la habitación y miró hacia una escalera de caracol de piedra que salía de la cripta, situada en la planta más baja del hogar subterráneo de su familia. Caminaba con los pies descalzos sin más ruido que el de su pijama agitándose con suavidad. La luz de magma de los faroles de las paredes, globos de cristal en forma de lágrima, sostenidos por ornamentados apliques de plomo, se había agotado, por lo que la escalera estaba oscura como la boca de un lobo, pero aquello no suponía un problema para los ojos de un vampiro. Subió hasta la planta principal y escudriñó la oscura cocina. Los electrodomésticos de titanio emitían un suave zumbido. Arriba sonaban más pisadas.

Oliver continuó subiendo hasta llegar al siguiente rellano y se encontró ante una brillante puerta de acero. Pegó la oreja a ella y oyó el crujido de más pasos al otro lado. Técnicamente no se le permitía estar allí arriba... Pero Oliver apretó un botón rojo y la puerta se abrió silenciosamente.

Había un angosto hueco entre la puerta y la parte posterior de un frigorífico destartado y oxidado. Estaba apoyado en una esquina contra la pared, con los cables y los muelles colgando como si una bestia lo hubiese abierto a zarpazos. Oliver se escurrió por uno de los laterales...

Y vio a la humana.

Una chica permanecía en el centro de una gran estancia. Aquella era la planta baja de la casa abandonada que había sobre la casa de Oliver. Las paredes que en su día

habían dividido las habitaciones de la casa habían sido derribadas, por lo que no había quedado más que un enorme espacio vacío atestado de escombros. Se suponía que todo aquel lugar debía parecer decadente y peligroso. Polemonia se había preocupado mucho de conseguir que no solamente pareciese abandonado, sino también prohibido: los sin techo podrían dormir allí, pero ¿por qué iban a querer hacerlo?; una pandilla de chicos podría mero-dear por los alrededores, pero ¿no habría tal vez un sitio más guay adonde ir?

Dos rayos de la lúgubre luz matinal de Seattle se colaron en el interior, a través de las dos ventanas rotas que flanqueaban la puerta principal. Un papel color burdeos caía de las paredes y dejaba al descubierto el yeso desconchado y lleno de moho. Un inmenso agujero se abría justo ante la puerta. No era un agujero de verdad, sino una artimaña visual que Polemonia había perfeccionado. Sin embargo, la chica no había usado la puerta; siempre entraba por la ventana usando un par de gruesos guantes de horno de cuadros escoceses para protegerse de los dentados fragmentos de cristal.

Ahora estaba de pie, con los guantes bajo el brazo, observando en silencio el contenido de la habitación. Había mucho que mirar: además del papel medio caído y del agujero sin fondo, había una vieja bañera en el rincón, llena de un agua asquerosa que apestaba a putrefacción. Una gota procedente del ruinoso techo, del que pendía una destartada y torcida lámpara de araña, caía lenta y constantemente en su interior. En el rincón opuesto había un tocador volcado, y la ropa

mugrienta estaba desparramada por los charcos marrones del suelo.

Sobre el tocador, un lúgubre cuadro colgaba de la pared en un marco sucio y destartado. Era el retrato de un adusto y enjuto anciano que vestía un traje de *tweed*; tenía muy poco pelo y, visto de cerca, todavía menos piel que pelo. Pero el moho impedía apreciar estos detalles. Sin embargo, sus ojos penetrantes, que parecían resplandecer con una luz ámbar nada natural, no habían perdido el brillo; una vez más, parte del plan de Polemonia al redecorar la estancia. El retrato era de Renfeld, el fallecido tío abuelo de Oliver.

Y a pesar de todo, de todos aquellos objetos inquietantes, la chica, cada vez que entraba allí, se pasaba la mayor parte del tiempo observando una cosa a la que, como Sebastian le había explicado a Oliver una vez, ningún humano podía resistirse: el gran espejo que había apoyado contra la pared, justo frente al escondite de Oliver tras el frigorífico. Papá había dicho que a los humanos les encantaba verse reflejados en un espejo; que lo adoraban, de hecho. Un espejo cautivaba a un humano del mismo modo que la luz a las mariposas. La chica se encontraba ahora frente a aquel sin tan siquiera imaginarse que Oliver la estaba observando, ya que él no se reflejaba. Y aunque se hubiese reflejado, habría resultado difícil percibirlo. Una espesa película de mugre cubría el espejo, excepto en una zona circular que la chica había limpiado en su primera visita. Alargó el brazo y volvió a frotar el círculo con el puño.

Era algo más baja que Oliver; vestía pantalones vaqueros con el chaleco acolchado y el gorro de punto de siempre. Hoy, además, llevaba un jersey de cuello vuelto con brillantes listas

que llamaban enormemente la atención en contraste con el monótono mundo que la rodeaba. Estaba de pie con los brazos en jarra, girándose de un lado a otro, llevándose de vez en cuando la mano al pelo para jugar con su gruesa trenza de color castaño. Le hizo una mueca al espejo, enseñando sus dientes humanos, romos y redondeados, y levantando los regordetes dedos humanos como si fueran garras. Casi le dio la risa, pero entonces suspiró y dejó caer los hombros.

Mientras Oliver la miraba, sintió una punzada de culpabilidad: debería haberles hablado a sus padres sobre aquella chica tras su primera visita. Pensaba hacerlo, pero ahora ella ya había venido más de una vez y, además, Oliver acabaría metiéndose en problemas. Polemonia y Sebastian querrían saber por qué no se lo había contado inmediatamente, y ¿qué iba a responderles? ¿Que había sentido curiosidad sobre qué hacía allí y quería averiguar por qué seguía yendo? ¿Qué clase de vampiro pensaría así? Tormento disfrutaría mucho más con aquello que con el insomnio de Oliver. También cabía la posibilidad de que los padres de Oliver decidiesen que aquella intromisión debía ser atajada de un modo más permanente, y entonces Oliver se quedaría sin nada que lo distrajese durante sus vigiliass. Además, esta chica era inofensiva, ¿no? Lo único que hacía era ir allí, echar un vistazo durante un rato y marcharse...

Solo que entonces ella hizo algo distinto. Buscó bajo su chaleco y extrajo un gran objeto negro que pendía de su cuello sujeto con una correa de cuero gastada. Oliver tardó un momento en identificar aquello como una cámara. Le habían hablado sobre

ellas en la escuela: eran unos aparatos que los humanos usaban para capturar imágenes. Los vampiros nunca utilizaban cámaras; pintaban retratos en óleo o dibujaban esbozos con carboncillo. De hecho, los padres de Oliver le habían dicho que evitase en todo momento que le hiciesen una fotografía, pero él no estaba seguro del porqué. Aquello no podía hacerle daño, como la luz solar o una estaca, al menos que él supiera.

La chica se acercó la cámara al ojo mientras giraba despacio la lente para enfocar, y entonces apretó un botón; sonó un *clic*. Levantó una pequeña palanca y volvió a mirar a través de ella.

Oliver observó como ella giraba sobre sí misma lentamente mientras la cámara seguía haciendo *clic*. ¿Por qué estaría tomando fotos de aquel lugar? La familia de Oliver había vivido allí, en el Camino del Crepúsculo, desde que él era muy pequeño. Era una de las calles de la ciudad en las que casi todas las casas presentaban un aspecto abandonado y ruinoso desde fuera, pero tenían una casa de vampiros debajo. Estas casas nunca se expropiaban ni se demolían ya que la empresa de Sebastian, el Consorcio de la Penumbra, empleaba a vampiros que se infiltraban en importantes puestos humanos como empleados municipales. Siempre que algún humano hacía un llamamiento para el derribo de las decrepitas casas del Camino del Crepúsculo, se invalidaba algún permiso o documento legal y el proceso se paralizaba durante años. Con artimañas como aquellas los vampiros habían construido una sociedad en las narices de los humanos. Sebastian decía que no había resultado tan difícil, ya que los humanos tenían una habilidad especial para no darse cuenta de las cosas que ocurrían delante de ellos. También decía que la principal razón por la que los

humanos no sabían de la existencia de los vampiros era que, en realidad, no querían saberlo.

Pero esta chica parecía ser bastante curiosa. Tal vez simplemente le gustasen los lugares fríos y abandonados. Aquello sería raro para un humano, aunque interesante. Mientras ella seguía haciendo fotos, Oliver se deslizó tras el frigorífico y dio un paso hacia la pared. Colocó ambas manos contra el yeso húmedo, y tomó aire, profunda y pensativamente... Una serie de susurros en antiguas lenguas vampíricas atravesaron su mente. Sintió que sus pies se aligeraban y comenzó a escalar por la pared como una araña. Hasta hacía muy poco no había aprendido a manejar las fuerzas. Escalar paredes era una de las primeras técnicas: un preludio de la levitación. Los vampiros podían hacer ese tipo de cosas porque eran capaces de percibir fuerzas de otros mundos. Desde los primeros años de escuela, se les enseñaba que el mundo en el que vivían era uno de los muchos existentes, la mayoría de los cuales no eran tan lamentablemente mortales y físicos. Cada mundo tenía su propio conjunto de dimensiones y reglas: algunas muy parecidas a las de la Tierra y otras muy distintas. Las fuerzas de los mundos cercanos se mezclaban las unas con las otras y, si bien los humanos no tenían la capacidad de detectarlas, los vampiros sí. Como siempre decían los profesores de Oliver, esa era una de las muchas ventajas que los no muertos tenían sobre los vivos.

Cuando Oliver alcanzó lo más alto de la pared se detuvo, se concentró más y se deslizó hasta el techo. Avanzó lentamente reptando alrededor de la cuerda raída de la que pendía la destartada lámpara, hasta situarse justo sobre la

chica. Entonces pudo oírla respirar; era un extraño sonido, muy delicado. Como si fuera a detenerse en cualquier momento. Desde tan cerca también pudo olerla claramente. Los humanos apenas eran conscientes de que emitían un aroma, pero, para la sensible nariz de un vampiro, tal aroma era una completa guía sobre sus actitudes, esperanzas y miedos. En visitas pasadas, Oliver había detectado que aquella chica se sentía frustrada; esta noche, sin embargo, estaba concentrada en lo que hacía. Le encantaba hacer fotografías. Pero también estaba nerviosa; Oliver podía sentir su pulso acelerándose.

La chica avanzó un paso y se quedó un poco por delante de él. Cuando dirigió la cámara al destartado frigorífico, Oliver se concentró profundamente, soltó las manos y se quedó colgando de las rodillas. Su cabeza se encontraba tan solo unos centímetros por detrás del hombro de la chica. Quería ver la habitación del modo en que ella la veía, aunque del revés. Entonces vio el pendiente plateado en forma de lágrima y alargó la mano para cogerlo. No pensó en lo que estaba haciendo; para los vampiros, reunir artefactos y cachivaches que llamaban su atención era un acto reflejo. Se consideraba un comportamiento de lo más natural. Acababa de empezar a quitar con cuidado el pendiente del lóbulo...

—¡Aaah! —gritó ella, estremeciéndose.

Oliver volvió rápidamente al techo. La mano de la chica atravesó como una flecha el espacio que él acababa de ocupar, se sacudió su propia oreja y se arrancó el pendiente, que cayó en una mohosa grieta que había en el suelo. Oliver se pegó

completamente al techo, con la espalda contra el yeso y los brazos y las piernas extendidos.

Entonces se oyó la voz de un chico que susurraba desde el exterior:

—¡Emalie! ¿Te encuentras bien? —Hasta entonces nunca nadie la había acompañado.

—Sí—respondió la chica (Emalie). Se percibía miedo en su voz, aunque también vergüenza.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada! —Emalie seguía curioseando por la habitación—. Estúpidas arañas —musitó.

Entonces su cuerpo se quedó quieto, contuvo el aliento en la garganta y comenzó a levantar la cabeza hacia el techo.

Oliver se pegó aun más a él, luchó contra las fuerzas y comenzó a desvanecerse. Los verdaderos maestros de la espectralización eran capaces de desaparecer por completo. Enviaban literalmente su materia a un mundo paralelo, existían como espíritu por un instante y luego recuperaban su forma sólida. Oliver acababa de empezar a aprender esta técnica, así que lo mejor que podía hacer era convertirse en poco más que una sombra. Con suerte, en medio de aquella penumbra, con eso bastaría.

La vista de Emalie alcanzó el techo; miró directamente a Oliver.

Entonces agitó la cabeza y miró hacia otro lado. Se llevó la mano a la oreja:

—¡Jobar! —dijo, al descubrir que le faltaba el pendiente. Bajó la vista hacia el mugriento suelo y le dio una patada a un bulto de ropa mohosa.

Oliver se relajó y reapareció sobre ella. Ella no tenía ninguna posibilidad de encontrar aquel pendiente; él apenas podía verlo.

El chico volvió a llamarla desde el exterior:

—¡Vamos a llegar tarde!

—¡Dean! Espera... —respondió Emalie.

Oliver oyó que Dean resoplaba fuera.

Emalie dejó de buscar el pendiente, se sacó otro artilugio del chaleco y lo fijó en la parte superior de la cámara: era un flas. Miró por el visor, giró la lente y apretó un botón. El flas se disparó y llenó la estancia de una cegadora luz blanca. Oliver se estremeció al sentir como si le hubiesen abierto demasiado los ojos. Pestañeó una y otra vez mientras un verde brillante le obstruía la visión. La chica apuntó al tocador con la cámara y enfocó. Esta vez Oliver entrecerró los ojos, pero el flas se los chamuscó de todos modos.

A pesar de las manchas verdes de sus ojos, se volvió a descolgar tras ella y observó, fascinado, como ella fotografiaba toda la habitación. Era una suerte que utilizara una cámara antigua; como tenía que mirar a través del visor, la imagen que ella viera rebotaría en un espejo diminuto. Así que, incluso aunque lo apuntara directamente a él, Oliver sería invisible para ella. Aun así, no tenía la intención de dejar que eso ocurriera...

Entonces Emalie dio un paso atrás y a Oliver casi no le dio tiempo a moverse. Salió disparado de nuevo hacia el techo apartándose con dificultad por la izquierda de la chica. Consiguió esquivarla, pero se le enredó el pie con la cuerda que

sujetaba la araña y se produjo un estridente tintineo de cristales...

Emalie se volvió de nuevo y, todavía con el ojo pegado a la cámara, apuntó directamente hacia Oliver sin darle tiempo a reaccionar.

El flas se disparó y bañó la habitación con su luz.

¡Tsss! Oliver se tapó los ojos con un brazo. Trató de mantener la concentración, aferrarse a las fuerzas, pero se estaba debilitando. Sus pies comenzaron a despegarse del techo. Se lanzó a ciegas, describió un arco sobre la habitación, se golpeó contra la pared opuesta y fue a caer directamente en la bañera, lo que provocó un sonoro chapoteo.

Tocó fondo y permaneció allí, muerto de miedo, mientras el agua se agitaba. Una vez se hubo calmado, Oliver pudo ver a Emalie paralizada en el sitio, recorriendo con la mirada el espacio que separaba la bañera del techo y también el resto de la habitación.

—¿Hay... hay alguien ahí? —preguntó con voz temblorosa a la estancia desierta.

Quédate quieto, pensó Oliver. Observó, desde la protección que le otorgaba la oscuridad del agua turbia, cómo Emalie retrocedía lentamente hacia la ventana mientras se guardaba la cámara bajo el chaleco. Como no necesitaba respirar, podía permanecer en la bañera todo el día, aunque el frío resultaba desagradable.

—¡Emalie! —volvió a oír a Dean. Ella se enfundó sus guantes de horno, retrocedió y, cuando se topó de espaldas con la pared, se volvió y se precipitó al exterior, sin prestar atención a los fragmentos de cristal.

—¡Ay! —gritó al tiempo que sus vaqueros se rasgaban por la rodilla.

Oliver salió despacio de la bañera y fue dejando las huellas de sus pies empapados por el suelo mientras atravesaba la habitación hasta llegar al límite de la grisácea luz del día. Incluso en una mañana oscura y brumosa como aquella, la luz le hizo parpadear. Al fondo del jardín, repleto de maleza y surcado de telarañas, vio a Dean parado en el estrecho hueco del gran seto que rodeaba la casa de los Nocturne. Era un chico alto, larguirucho, y llevaba dos mochilas colgando como si fuera un perchero. A pesar de la distancia, Oliver podía oler la incertidumbre (y la preocupación) que sentía Dean. Emalie lo alcanzó; Dean le tendió una de las bolsas e inmediatamente desapareció calle arriba, pero Emalie miró con recelo hacia la casa.

Oliver se ocultó de nuevo entre las sombras. Cuando volvió a mirar, ella se había ido. Se situó a un lado de la ventana, desde donde podía ver la concurrida intersección en la que desembocaba el Camino del Crepúsculo. Emalie y Dean habían llegado a la esquina.

—¿Qué te ha ocurrido allí dentro? —oyó preguntar a Dean.

—Nada —respondió Emalie con la respiración entrecortada—. Vámonos ya. —Lo tomó por el brazo y lo arrastró hacia la calzada, a pesar de que el semáforo estaba en rojo.

—Emalie... —El quejido de Dean se perdió entre el ruido de los motores y el chapoteo de los neumáticos.

Hileras de coches pasaban a toda velocidad salpicándolos. El jersey de listas de Emalie contrastaba con el mundo, gris y

húmedo, como si fuese el único objeto dotado de color. Oliver se quedó observando hasta que ambos desaparecieron entre el tráfico.

Regresó al lugar en el que Emalie había permanecido de pie. Le llevó un momento, pero localizó el pendiente y lo sacó de la grieta del suelo. A continuación bajó las escaleras con sigilo, se puso ropa seca y se metió en su ataúd. En cuestión de minutos, ya estaba dormido.